

28° Domingo T. Ordinario C - 12 de octubre 2025

2 R 5, 14-17 ; Ps 97(98) ; 2Tm 2, 8-13 ; Lc 17, 11-19

Salvados por la gratitud



En su carta a los Efesios, san Pablo escribe: "Por la gracia sois salvos, y por medio de la fe. Esto no viene de ti, es el don de Dios" (Ef 2, 8). Como favor concedido libremente, la gracia se apoya más en la generosidad de quien la concede que en el mérito de quien la recibe. Dios, en su infinita misericordia, derrama su gracia sobre todos nosotros. En este caso, estamos obligados a hacer preguntas: ¿por qué no vivimos todos según la gracia? ¿Por qué la salvación no se obtiene automáticamente en virtud de la gracia? A través del episodio de la purificación de Naamán y la curación de los diez leprosos del evangelio, trataremos de comprender que la gracia, para dar frutos de

salvación, debe ser recibida en la fe y la gratitud.

Naamán, al aceptar ir a sumergirse siete veces en el Jordán, se despojó de todo lo que tenía como orgullo; por fin comprendió que ni su título (general del ejército), ni su rango (rico), ni su origen (Aram, un reino poderoso en ese momento) podían salvarlo, si no es una intervención misericordiosa de Dios. Al descubrirse a sí mismo tan pequeño, tan pobre, tan vulnerable, se hace capaz de reconocer el valor de la gracia que ha recibido en la fe. Por eso no podía dejar de dar gracias a Aquel que le hizo gracia: "No hay otro Dios, en toda la tierra, que el de Israel". La experiencia de despojo que hizo Naamán es fundamental en la recepción de la gracia. Si ya estamos llenos de nosotros mismos, no habrá más espacio para que Dios actúe en nosotros. Y uno de los obstáculos a la acogida de la gracia es la pretensión del mérito: yo soy judío y el otro es pagano, conozco la Biblia, he recibido los sacramentos, tengo una buena conducta... No importa el esfuerzo que hagamos, nunca estará a la altura del amor de Dios por nosotros: "La prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros cuando aún éramos pecadores" (Rm 5,8). En efecto, en lugar de elevarnos en el orgullo buscando obtener favores por nuestros méritos, haríamos mejor en vaciarnos para acoger la gracia del Señor con un corazón agradecido.



En el evangelio, los diez leprosos hicieron la misma oración, se les concedió el mismo favor; sin embargo, solo uno recibió verdaderamente la gracia. Y como un símbolo, es el extranjero que volvió a Jesús dando gracias; tal vez, reconociendo que no tenía ningún mérito, entonces se abrió a la gracia. Los diez fueron sanados de la lepra, pero solo el que mostró gratitud había recibido la gracia de la salvación: "Levántate y vete: tu fe te ha salvado". Pero ¿por qué Dios espera algo a cambio de lo que da gratuitamente? El cuarto prefacio común del misal romano nos ayuda a responder: "No necesitas nuestra alabanza, y sin embargo eres tú quien nos inspira a darte gracias: nuestros cantos no añaden nada a lo que eres, pero nos acercan a ti...". Por lo tanto, la gratitud a nuestro Señor es más que decir gracias o dar un testimonio de agradecimiento, es una adhesión de fe al amor de Aquel que da gracia.

Por último, volviendo a la afirmación inicial, creemos firmemente que somos salvados por la gracia, pero también y sobre todo, por la acogida en la fe de la gracia, es decir, la gratitud.



Por los excesos de vuestro amor, no tengo vuelta, pero quiero cantar noche y día:

Deo gratias, Deo gratias, Deo gratias.

Dios mío, me has hecho nada, es de ti que tengo todo bien.

Usted es mi único apoyo.

Deo gratias, Deo gratias, Deo gratias.

(San Montfort, cántico 27, 2-3)

P. Ekenley JEAN-NOËL (Tito), smm